

Trump, economía y aranceles

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Desde que regresara a la Casa Blanca, el presidente norteamericano lleva insistiendo en que su palabra favorita es arancel, de manera que ha puesto en marcha una política proteccionista más propia del siglo XIX que del XXI, siempre atendiendo a su eslogan “America first”, por entender que, con lo recaudado, podrá mejorar la economía de su país. No debemos obviar que si Trump ganó las elecciones fue, en gran medida, por la promesa que hizo de bajar la inflación, aumentar el poder adquisitivo y luchar contra los inmigrantes ilegales considerados delincuentes. Con ello logró penetrar en sectores de la sociedad hasta entonces alejados del Partido Republicano, como los afroamericanos e inmigrantes ya instalados legalmente. No obstante, que el alza de aranceles traiga consigo todos esos ingresos de los que él habla no es algo evidente. En el XIX economistas como List defendían los aranceles proteccionistas para salvaguardar determinados sectores de la economía nacional.

Para Trump, estos impuestos se han convertido no sólo en un instrumento económico, que sí, sino también en un arma de presión política. De suerte que quien no está de acuerdo con sus postulados se enfrenta a una subida espectacular de aranceles. Es lo nunca visto, pues si algo quedó claro en la cumbre de Bretton Woods (1944) fue la renuncia al proteccionismo y la creación de un sistema económico basado en la cooperación y el libre mercado. De ahí que poco tiempo después se firmaran los acuerdos del GATT, antecedente de la Organización Mundial del Comercio. La situación es tan paradójica que un régimen comunista como el de China se ha convertido en el gran adalid del librecambismo, al contrario de Estados Unidos, que ha roto con una tradición económica secular. ¿El mundo al revés?

El problema para el multimillonario es que apenas ha mejorado la economía de los norteamericanos, tal como había prometido. La inflación sólo ha caído del 3 al 2,7% interanual y de esa edad de oro de la que hablé, de momento, no hay rastro: la economía sólo ha crecido un 2% en 2025, como con Biden. La entrada de divisas por turismo ha descendido. Hay escasez de mano de obra en numerosos sectores por esa persecución sin piedad a los inmigrantes, de forma que las protestas por los métodos violentos del ICE aumentan. Hemos visto cómo la brutalidad de sus efectivos se ceba incluso en los propios estadounidenses, algo que puede volvérselo en contra. Ahora sostiene que un dólar débil facilita las exportaciones, lo que es una realidad en un mercado normalizado. No sé si en uno amenazado por sus aranceles.

A todo ello habría que sumar la deuda pública (38 billones de dólares), que no deja de incrementarse y encarecerse, estando casi el 25% de los bonos del Tesoro en manos de tenedores de Japón, Reino Unido y China. Pekín y Tokio se están deshaciendo de ellos, en una operación de desdoralización mundial a favor del oro, por ejemplo. La baja en la demanda de bonos y dólares hace que se eleve el coste de la deuda. De modo que, si ese coste sigue escalando, el dólar tendería a debilitarse, lo que ofrecería una muy mala imagen de la propia economía americana. Por lo demás, ¿cómo se va a financiar semejante endeudamiento? Posiblemente reduciendo los servicios públicos y recurriendo al mercado internacional. Con lo que todo apunta a que, al finalizar su mandato, el endeudamiento sea aún mayor, así como el malestar social.

En este contexto la Unión Europea tiene una excelente oportunidad para hacer frente a unos Estados Unidos que actualmente no son un aliado, sino un adversario. Se nos dice a menudo que la guerra arancelaria no beneficia a nadie, y es verdad. Pero eso es en condiciones normales y con dirigentes normales, algo que no se le puede atribuir a Trump. Justamente, el 21 de enero el Parlamento Europeo decidió paralizar la ratificación del acuerdo comercial entre Washington y Bruselas. Fue la respuesta al ultimátum de imponer aranceles adicionales del 25% a los ocho miembros que habían decidido mandar tropas a Groenlandia. Es cierto que, tras la entrevista con Rutte, Trump se ha echado atrás, pero, según mi parecer, la UE no debería fiarse de un individuo que cambia continuamente de opinión y sólo sabe chantajear. De hecho, Bruselas cuenta con otro

instrumento en este sentido, el Mecanismo Anticoerción, en el que se contemplan importantes restricciones a la importación. No olvidemos que las autoridades comunitarias tienen miedo a que Washington se desligue de la ayuda a Ucrania, pero con un Trump tan imprevisible nada está garantizado, por lo que Europa (UE y Reino Unido) no debería estar pendiente de sus cambios de humor, velando exclusivamente por sus intereses. El boicot contra productos norteamericanos en las naciones escandinavas ha comenzado. Puede ser un buen modelo a seguir. Los acuerdos entre la UE y Mercosur y con India abren nuevas posibilidades, al igual que otros convenios con China e incluso Rusia. Se trataría de pagar a Trump con su propia medicina, la económica, que es lo que realmente le puede hacer daño.

1 de febrero de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 5 de febrero de 2026, p. 19